

que "barbarie de Hunos y crueldades de caníbales", sería preciso desesperar del hombre, y valdría más abandonar la historia que hacerla servir para despreciar la humanidad. No advirtieron los filósofos del siglo XVIII que, si en su tiempo ganaba las almas el sentimiento de la tolerancia, era debido á las luchas sangrientas que procedieron de la Reforma.

Quien dice revolucion, dice lucha y guerra; que no hay revolucion pacífica. No comprendían los protestantes esta ley fatal del género humano cuando se sublevaron contra el papado en el siglo XVI; mas no tardó en empeñarse un combate á muerte entre el protestantismo y el catolicismo, poniéndose en cuestion la existencia misma de la Reforma. La Iglesia quiso reconquistar el terreno que había perdido, y obró juntamente por la violencia y por la astucia. Favoreció el éxito en un principio; ganaba visiblemente la reaccion católica, y entónces estalló la más terrible y funesta de las guerras de religion; mas si la guerra de treinta años hizo retroceder á la edad de la barbarie, salvó también el protestantismo. Esta lucha gigantesca demostró la impotencia de las dos confesiones para destruirse una á otra; y por más que protestaron los papas contra la paz de Westfalia, su protesta no ha servido sino para probar que sólo la fuerza ha asegurado la existencia de la Reforma: la Iglesia la sufrió sin aceptarla; el protestantismo se salvó, y con él el gran principio que encierra en su seno, la libertad de pensar. Pues que las dos religiones están obligadas á vivir juntas, es preciso que se toleren: la impotencia del protestantismo y del catolicismo conduce á la tolerancia y á la libertad.

La Reforma y la tolerancia no son el solo precio de la lucha que ensangrentó á Europa durante dos siglos. Ya hemos dicho que el verdadero principio de las guerras de religion era el cristianismo tradicional con su dogma de la revelacion y de la divinidad de la Iglesia; ahora bien, aunque se proclamaba divino, no llegó á vencer ese principio. Sucedió en las guerras de religion lo que en las cruzadas: la guerra santa predicada por el papado era la manifestacion de su omnipotencia, y condujo á su ruina. De la propia suerte, las guerras de religion emprendidas en nombre de la verdad revelada acabaron por echar en las almas los gérmenes de la indiferencia y de la incredulidad: la

Iglesia, que pretendía confundirse con Dios, quedó convicta de debilidad humana; fué quebrantada y fraccionada, como los establecimientos de los hombres. Al propio tiempo que la Iglesia, se derrumbaron las creencias que se identificaban con ella; el dogma de una verdad absoluta, revelada milagrosamente por Dios, fué reemplazado por otras concepciones religiosas. El protestantismo se transformó; creía volver á lo pasado, y hé aquí que convierte la vista hácia lo porvenir y se llama la religion del progreso. Un milagro más grande se cumple: la religion inmutable por excelencia, el catolicismo, sufre una trasformacion análoga. Cambió de naturaleza en las manos de aquellos mismos que fueron los agentes más activos de la lucha durante los siglos XVI y XVII. San Agustín no habría reconocido su creencia en la creencia de los jesuitas: el catolicismo de San Agustín es el imperio de la gracia, es decir, de lo sobrenatural, de la accion directa de Dios; el catolicismo de los jesuitas es el imperio de la libertad, es decir, del elemento natural, de la accion del hombre. Diríase que las dos confesiones se conciertan para salir del cristianismo tradicional: una nueva era religiosa se inaugura.

Hé ahí una de las fases de la lucha secular del protestantismo y el catolicismo. Y no es la única. La revolucion del siglo XVI es política tanto como religiosa, porque el poder contra el cual se subleva es tan político como religioso. En la Edad Media, la Iglesia y el Estado se confundían: el Estado procede de la Iglesia, y la Iglesia interviene á cada paso en el Estado. La Reforma destruye estas relaciones; pone á la Iglesia dentro del Estado, y da al poder civil una amplia intervencion en las materias religiosas. Y no se limita esta revolucion á los países protestantes; los reinos católicos se emancipan igualmente de la Iglesia, y para atraérselos, se ven obligados los papas á hacerles concesiones que ponen á la Iglesia romana casi en la misma dependencia que las Iglesias reformadas. ¿Qué es ese Estado que se emancipa de la dominacion eclesiástica, que reivindica por entero la soberanía, prefiriéndola en caso necesario á Dios? Es el órgano de las naciones, es la soberanía civil que se afirma frente á la Iglesia para subordinarla.

Siendo la Reforma una revolucion por mitad política, no podían ser puramente religiosas las lu-

chas de los siglos XVI y XVII. Compárense las cruzadas con las guerras del protestantismo y el catolicismo. Al grito de *Dios lo quiere* se arman los cruzados, y ese grito parte de la conciencia general; los reyes no juegan sino un papel secundario en el duelo del catolicismo y el islam, el papado es quien domina; ninguna idea política presidió aquellas guerras que semejan á una nueva emigracion de los pueblos del Norte: el fin que persiguen los cruzados es la conquista de un sepulcro. No sucede así en el siglo XVI. Al propio tiempo que Lutero lanza su reto á Roma, entran en liza los dos monarcas más poderosos de la cristiandad. ¿Lo hacen para sostener y combatir la Reforma? Tal es quizá el objeto providencial de las guerras incesantes de Carlos V y Francisco I; pero no era esa ciertamente la ambicion de los combatientes. Carlos V lleva, en verdad, el nombre de *rey católico*; mas sabido es lo que vale ese título: "Fernando de Castilla, dice *Maquiavelo*, se cubrió hábilmente con la máscara de la religion para realizar sus ambiciosos designios" (1). Otro tanto puede decirse de Carlos V con ser tan ortodoxo: era, ante todo, un espíritu político. Su rival se llama el rey cristianísimo; ¿y qué hace este hijo mayor de la Iglesia? Sostiene á los protestantes en Alemania y se liga con el jefe del islam. El mundo cristiano se asombra y escandaliza de ello (2); ignoran que obran del propio modo los vicarios del Cristo. Tanto, á lo ménos, como por la religion, combaten los papas por el poder; y así, cuando llega el caso, se hacen aliados de los Turcos y favorecen á los protestantes contra Carlos V.

Hé ahí la señal de los nuevos tiempos. No estamos ya en la Edad Media; un Pedro el Ermitaño no encontraría ya un solo partidario; apuntan los albores de una era política por excelencia. Los contemporáneos se quejan de la indiferencia religiosa de los reyes; la religion, en apariencia señora exclusiva de los espíritus, es, en realidad, un instrumento en las manos de los príncipes (3).

(1) MACHIAVEL, *Le Prince*, c. 21.

(2) RAYNALDI, *Annales*, 1551, núm. 12: «Artis politicæ impiis documentis.»

(3) *Traité des causes et raisons de la prise des armes faite en 1589*, citado por P. CAYET, y atribuido por él á un gran príncipe muy católico (*Collection de PETITOT*, t. xxxviii, p. 239): «Si escudriñais al por menor las historias, hallaréis que una buena parte de los grandes príncipes se han servido de la religion para mejor lograr su fin, y veréis que las más veces han sido estimula-

¿Cuál es para ellos el objeto de la lucha? Si interviene en las guerras de religion, no es únicamente por sostener el antiguo dogma; aun aquellos á quienes pudiera creerse ciegos defensores del catolicismo, los Fernandos y los Felipes, tienen intereses monárquicos que sobreponen á la cuestion religiosa; y si se deciden por Roma contra el protestantismo, es porque ven en la Reforma un germen de libertad y de revolucion y en el catolicismo una garantia de conservacion y de poder. Los más poderosos persiguen una quimera, la monarquía; y la monarquía universal es una idea católica. Durante largos siglos, en que el catolicismo reinó sin rival, tuvo por ideal la unidad religiosa y política de la cristiandad bajo dos jefes, el papa y el emperador. La Iglesia no conoce el elemento de la individualidad, de la nacionalidad; no conoce sino el elemento de la unidad, unidad absoluta, que no deja lugar á la accion de los individuos y de las naciones. La unidad, así concebida, es, más que una quimera, una violacion de los designios del Creador, que ha impreso en toda la creacion tanto el principio de la diversidad como el de la unidad. La Reforma rompe la unidad cristiana, la monarquía del emperador y la monarquía del papa.

La idea de la unidad, bajo la forma de una monarquía universal, había echado, sin embargo, profundas raíces en los espíritus; sedujo al poeta más eminente de la Edad Media y á uno de los pensadores más profundos de los tiempos modernos. No desdeñemos demasiado una concepcion que tiene de su parte el nombre del Dante y la autoridad de Leibnitz. Ciertamente es que, aun despues de la Reforma, hubo príncipes cuyo poder era de tal modo preponderante, que comprometía la independencia de los demás reyes: en los siglos XVI y XVII, la casa de Austria parecía amenazar á la cristiandad con una especie de dominacion universal; mas las luchas de Carlos V y de Francisco I, de Enrique IV, Isabel y Felipe II, y la guerra de treinta años en que figuran todos los Estados de la cristiandad, salvaron la independencia de Europa al

dos y llevados por su ambicion y su interes particular, y no por el celo que tuvieran por el honor de Dios, á emprender la guerra contra los herejes y los infieles.» — LANGUET escribía á Camerarius (*Epist.*, p. 147): «Res principum sunt plenæ simulationem, et in nullaremagis luditur nostro tempore quam in religione.» NAUDÉ (*Des coups d'Etat*, p. 275) dice que la mayor parte de los príncipes tratan la religion como charlatanes y se sirven de ella para mantener la reputacion y el crédito de su teatro.

propio tiempo que la Reforma. En medio de las guerras religiosas surgió una idea exclusivamente política: la concepción de la unidad por el papa y el emperador fué reemplazada por la teoría del equilibrio. No tiene para nada en cuenta este sistema las creencias; no calcula sino las fuerzas que trata de equilibrar, de modo que garantice la independencia de los pequeños Estados contra las invasiones de un Estado demasiado poderoso. La idea del equilibrio se había ya producido en el siglo XVI; ella explica la alianza de Francisco I con los protestantes y con el Gran Turco. Aunque agitado por pasiones religiosas, el siglo XVII está al propio tiempo inspirado por preocupaciones políticas, hasta el punto de que es difícil decir si la guerra de treinta años es una guerra de religión ó una guerra contra la casa de Austria: un cardenal da en ella la mano á un rey protestante; los papas siguen el partido contrario al poder que restaura el catolicismo en Alemania. Las guerras de religión conducen, en fin, á la paz de Westfalia, que ha sido durante más de un siglo la base de la constitución política de Europa.

Tal es el carácter de las guerras de religión de los siglos XVI y XVII. Son religiosas por las pasiones que animan á las masas, mas son también una lucha de poder. La Iglesia combate para conservar su influencia espiritual y temporal sobre la cristiandad; la fe para los papas es más un medio que un fin. Los reyes combaten por ambición, quieren conquistar esa monarquía que es el sueño de los conquistadores desde la más remota antigüedad; y para ellos más todavía que para los papas, la fe es un instrumento de dominación. ¿Cuál fué el resultado de la lucha? La guerra era juntamente religiosa y política: las consecuencias tuvieron asimismo este doble carácter; y lo que prueba el lazo íntimo de los dos elementos es que los efectos son análogos en el dominio religioso y en el político. De una parte conduce la lucha á la ruina de los proyectos de monarquía universal de la casa de Austria, y de otra, quita una mitad de Europa á la santa sede y destruye para siempre la monarquía universal del papado. La lucha política consagra el principio de las nacionalidades; y lo propio acontece en la lucha religiosa, porque la idea de nacionalidad domina en el protestantismo, y los mismos Estados católicos se separan políticamente de Roma.

Así las largas guerras que llenan los primeros siglos de la Reforma destruyen la monarquía universal bajo sus dos fases. Empero hay un aspecto verdadero en la concepción de la monarquía universal, la idea de la unidad que ha seducido á espíritus como el Dante y Leibnitz. La vida del género humano es una marcha progresiva hácia la unidad, y toda gran revolución es un paso hácia ese término de sus destinos. ¿Cuál es la misión de la Reforma y de las guerras que de ella proceden en el desarrollo de la unidad humana? La monarquía universal es una falsa unidad, porque absorbe y anula otro elemento que es igualmente legítimo, el de la diversidad. Ahora bien, la unidad católica por el papa y por el emperador es una forma de monarquía universal, y estaba, por consecuencia, tan viciada como la unidad romana. La misión de la raza germánica, individualista por esencia, es librar al mundo de esa falsa unidad: ella ha derrocado el despotismo imperial que mataba toda vida, ella es quien ha puesto fin al reinado de los obispos de Roma que pretendían ejercer una dominación universal en nombre de Dios. Las guerras nacidas de la Reforma han continuado esta obra arruinando los proyectos más ó menos amenazados de monarquía universal que se ligaban á la reacción del catolicismo contra la revolución del siglo XVI.

Destruir las falsas formas de la unidad es ya un paso hácia la unidad futura. Los pueblos germanos han hecho más; al propio tiempo que arruinaban la monarquía de Roma pagana y cristiana, dieron al mundo el principio de la individualidad, sin el cual no hay verdadera unidad posible: la verdadera unidad no es otra cosa que la conciliación, la armonía de las diversidades nacionales. Pero ántes de que pueda tratarse de armonizar los elementos individuales, precisa asegurar su existencia: ese es el fruto de la Reforma y de las guerras que la garantizaron. Desde este momento no puede haber ya cuestión de extender sobre el mundo entero ni una tiranía religiosa ni una tiranía política: el hombre ha conquistado la libertad de su conciencia, el Estado su soberanía independiente. Ya no queda más que ligar á los individuos por creencias comunes y á los pueblos por comunes intereses. Impotente es para cumplir esta obra el principio protestante, porque representa demasiado exclusivamente la diversidad germánica: en el do-

minio religioso, el protestantismo aísla las creencias; en el dominio político, el sistema de equilibrio divide las naciones. La unidad está representada por el catolicismo; se manifiesta por la tendencia de los Estados católicos á la monarquía universal. Así coexisten en el siglo XVII los dos elementos de unidad y de diversidad, y todavía están destinados á luchas sangrientas. Se necesitará una nueva era, la de las revoluciones, en la cual hemos entrado, para conducir á la unidad á través de la disolución de las antiguas creencias y de las antiguas formas políticas: esta será la era de las nacionalidades. La lucha del catolicismo y el protestantismo no conduce, pues, á la unidad, pero la prepara.

§ II.—¿Quién es el vencedor?

I.

Ociosa puede parecer la pregunta que formulamos despues de lo que acabamos de decir acerca del carácter y de los resultados de la lucha. Si es verdad que sucumbió el cristianismo histórico, en cuyo nombre se emprendieron las guerras de religión, hay que concluir que de los dos partidos empeñados en el combate fué vencido el que representaba más particularmente lo pasado, mientras que aquel que, sin saberlo, daba el primer paso fuera de la religión tradicional fué el vencedor; el catolicismo sería, pues, el vencido y el vencedor el protestantismo, ó, por mejor decir, el vencido sería el cristianismo tal como se desarrolló á través del imperio romano y de la Edad Media, y el vencedor sería la libertad de pensar, la filosofía en su más lata acepción. Esta apreciación de la lucha del catolicismo y el protestantismo no es un sistema preconcebido, es la expresión de los hechos. La paz de Westfalia, que puso fin á las horribles guerras de religión, fué una transacción, y quien dice transacción dice por lo mismo que ninguno de los dos partidos ha triunfado, que cada uno ha tenido que hacer sacrificios. Así, ni el catolicismo ni el protestantismo como tales salieron vencedores en la lucha. ¿Quién recogió, pues, los frutos de la victoria? Penetremos por un instante en el siglo XVIII: ¿qué vemos en él? La lucha del catolicismo y el protestantismo ha cesado, ó, si se quiere, se ha transformado. La filosofía es quien hace una guerra

á muerte al cristianismo. Y ¿qué es esta filosofía? Es el libre pensamiento que combate todo lo que existe, y, sobre todo, lo que llama las supersticiones con las cuales ha querido la Iglesia encadenar á la humanidad. El movimiento filosófico del siglo XVIII es la agitación que precede á la tempestad; la tempestad estalla, furiosa, universal, y destruye todas las viejas instituciones; estamos todavía en esta era revolucionaria: ¿habrá, pues, que preguntar quién es el vencedor, si el catolicismo ó el protestantismo?

La cuestión ha sido, sin embargo, planteada en el siglo XIX y seriamente debatida. No hablamos de la ambición de la Iglesia que explota la reacción, movimiento de retroceso inevitable en las épocas revolucionarias. Nada más natural que la Iglesia se aproveche del temor que inspira un porvenir desconocido para atraer los pueblos al catolicismo; y no es de extrañar que crea que la reacción es un estado definitivo y que á su voz va á renacer la Edad Media: ¿no muestra á cada paso la historia la incurable ceguedad de los partidarios de lo pasado? Tales ilusiones no nos inspiran más temor que sorpresa: tenemos una fe profunda en el gobierno providencial y en los progresos de la humanidad, y la tentativa de hacer retroceder al género humano es, á nuestros ojos, tan insensata como las alucinaciones de los locos que imaginan poder coger la luna con las manos. Dejemos á los muertos reposar en sus tumbas y ocupémonos en los vivos. La cuestión de quién ha sido vencedor en la lucha del catolicismo y el protestantismo ha sido agitada por uno de los grandes historiadores de nuestro siglo, el cual la ha resuelto en el sentido de que el catolicismo y el papado son imperecederos (1). El nombre de *Macaulay* merece por sí solo que se tomen en seria consideración las opiniones que enuncia, y tanto más debemos hacerlo así, cuanto el historiador inglés es el eco de un sentido bastante difundido en el mundo político acerca de los destinos religiosos de la humanidad.

Cuando se interroga á la historia de la Iglesia, tan íntimamente ligada desde el cristianismo con la de los Estados, se halla una serie de insurrecciones contra el papado; y los papas, dice *Macaulay*, han salido siempre vencedores de los ataques

(1) MACAULAY, *Historical Essays*, vol. VI: *Ranke's history of the popes*.